

1494 en 9-2-99.

PROLEGÓMENOS

228

DE CLÍNICA MÉDICA.



A la Biblioteca de la
Universidad Literaria de
la obra póstuma del Dr. Lora
y su colaboración

~~DE CRISTINA FERRER~~

Barcelona 20 Mayo 1899.

PROLEGÓMENOS R-439996

DE

CLÍNICA MÉDICA.

OBRA PÓSTUMA

DEL

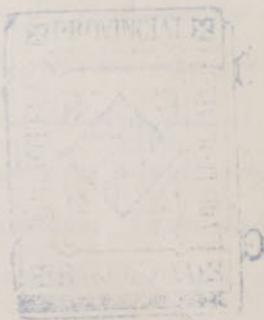
DR. D. ANTONIO COCA Y CIRERA,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA;

COMPLETADA POR

LOS DOCTORES CROUS Y BRUGUERA MARTÍ,

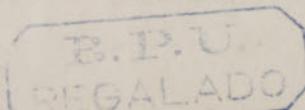
profesores clínicos en la misma Universidad.



BARCELONA :

IMPRENTA HISPANA , CONDE DEL ASALTO , NÚM. 20, BAJOS.

1873.



PROLOGOMENOS
CLINICA MÉDICA.

OBRA PÓSTUMA

DR. D. ANTONIO GÓGA Y CIBERA

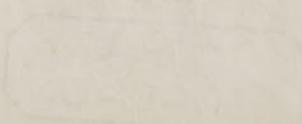
ESTABLECIMIENTO DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Es propiedad y todos los ejemplares irán rubricados con las siguientes



BARCELONA

1873



**A nuestro querido y
respetable maestro,**

M. I. DR. D. JOSÉ ARMENTER,

Catedrático de Clínica Médica en la Universidad de
Barcelona.

Ab. J. Sor.

Los fuertes e indisolubles lazos de amistad que han venido uniéndonos á vos desde el primer día que tuvimos la honra de educarnos á la sombra de vuestra vasta erudición clínica, y los sentimientos de gratitud que en nuestro corazón se han despertado siempre por los numerosos y reiterados actos de benevolencia que os habéis dignado dispensarnos; desde muchísimo tiempo impulsaron nuestro ánimo á una aspiración íntima, hasta habérsenos presentado, cual hoy, un acontecimiento que nos permitiera someterla á vuestro criterio tan juicioso como tolerante.

El Dr. D. Antonio Coca, vuestro respetable profesor en cátedra, y nuestro inolvidable maestro, depositó en nuestras manos, en sus últimos momentos de vida, la adjunta obra de Prolegómenos de Clínica médica que tenemos especial gusto en remitiros. Por desgracia la muerte sor-

prendió al Dr. Coca sin haber redondeado su trabajo, y al fin, resueltos á darle publicidad, nos hemos visto obligados á completar la indicada obra, aun esponiéndonos á la penosa ley de los contrastes.

Este trabajo de adición y complemento del que no era posible prescindir, es el que tenemos la honra de ofrecerlos. Aceptadle, querido maestro, en la seguridad de que su escaso valor material queda en exceso compensado por lo que representa en el delicado y noble terreno del sentimiento.

Barcelona y Febrero de 1873.

Bruguera y Crous.

PRÓLOGO.

La obra póstuma del malogrado Profesor de la Escuela, en la cual aprendimos á dar los primeros pasos en nuestra carrera y en cuyo personal facultativo indignamente ocupamos el modesto y honroso cargo de Profesores clínicos, reviste el carácter de inmutabilidad hasta cierto punto absoluta. Hija de la experiencia ilustrada de una larga práctica en la provechosa enseñanza de la *clínica médica* y de un dilatado ejercicio profesional particular, lleva el sello de la recta observacion con que los contemporáneos honraron justamente á su erudito Autor.

La muerte sorprendióle en su realizacion. Los preciosos manuscritos que nos legó en sus postreras horas de angustia morbosa no pudieron ser completados con el celo y escrupulosidad que siempre presidian á todos sus actos.

Deseosos de dar á conocerlos y por lo tanto de honrar, si posible fuera, su imperecedera memoria, hoy los entregamos al público médico y en especial á la juventud escolar para que puedan beber en tan cristalina fuente las máximas ó preceptos que deben guiarlos en su práctica.

No nos corresponde tributarles elogios y mucho menos censuras; ellos y su Autor están por encima de nosotros.

Esperamos que los párrafos que bajo nuestra exclusiva res-

pensabilidad añadimos acerca del *diagnóstico, pronóstico, tratamiento y medios exploratorios que la ciencia aprovecha para conocer las enfermedades y elevar sus síntomas á signos*; serán admitidos y juzgados con benevolencia: lo hicimos obligados por la invencible necesidad de completar aquel trabajo que nuestro queridísimo maestro el Dr. Coca no pudo llevar á feliz término. ¡Ojalá nos hayamos inspirado en sus lecciones para conformarnos con su criterio, y sus lunares no disminuyan el entusiasmo y aplauso con que el público científico acogió siempre las producciones del digno Profesor de clínica médica de nuestra facultad de medicina.

Al esponer los *diversos medios exploratorios diagnósticos* hemos creído deber nuestro trazar á grandes rasgos los servicios interesantísimos que la pleximetria, auscultacion, termometria, esfigmo y cardio-grafia, microscopia, análisis químico, etc., etc., prestan á todo observador concienzudo que desee *ver los enfermos* con toda perfeccion. No prejuzgamos criterios ni opiniones, descartamos sistemas é hipótesis, hemos formulado nuestras ideas en consonancia con los programas que nos sirvieron de pauta en los cursos que dimos acerca la *patología y clinica médicas*.

Las magnificas obras de Grisolle, Monneret, Jaccoud, Graves, Trousseau, Niemeyer, Racle, Valleix, Creus, Roger y Barthez, Piorry y Bouchut fueron consultadas y en sus brillantes páginas hemos recogido elementos con que ataviar nuestras pobres opiniones.

Hemos preferido ser útiles á los alumnos en particular ya que hasta el presente no existian en nuestra patria mas que los prolegómenos clínicos del erudito Dr. Janer, antiguo Decano de nuestra facultad, y la opinion pública, al señalarles un recuerdo respetuoso, no los considera al nivel de los progresos científicos contemporáneos.

Hubiésemos intercalado en nuestro texto algunos cuadros sinópticos y grabados que lo ilustrasen, pero la perentoriedad con que debíamos publicarla imposibilitaron su realización.

Nuestros apreciables Comprofesores no encontrarán novedad alguna en nuestros párrafos, sírvanles como un afectuoso recuerdo de amistad profesional y complemento á la obra de nuestro Maestro, el cual, al escribir bajo la inspiración práctica, no podía menos que enseñar á profesores y alumnos.

Hemos puesto un especial empeño en dejar íntegro el texto del Autor, sin anotación alguna en la cual hiciéramos constar nuestra humilde opinión: lo contrario nos hubiese obligado á entrar en consideraciones impropias é inconvenientes.

Si los alumnos reportan con su lectura algún provecho, quedarán plenamente satisfechos los deseos de

G. y B. M.

Barcelona y Febrero 1873.

LECCION PRIMERA.

Etimología, definición, division é importancia de la clínica.—Carácter especial de la misma.--Causas que modifican desfavorablemente sus resultados.

Etimología. La palabra Clínica deriva de la griega *Cline* que significa cama, toda vez que se ejerce y estudia junto á la cama de los enfermos.

Definicion. Llámase Clínica la aplicacion de la medicina teórica á la cabecera del enfermo, ó sea la medicina práctica. Por medio de ella se convierten en prácticos los conocimientos teóricos adquiridos ya por las esplicaciones que sobre los diferentes ramos de patología da el profesor en cátedra, ya por la simple lectura de los libros, la cual en muchos casos nos impide diagnosticar las enfermedades, puesto que el aspecto ó fisonomía de éstas no se amolda constantemente á las descripciones teóricas que acerca de las mismas nos ofrecen los autores, y con tanta mas razon en cuanto se observan á veces en el enfermo fenómenos no previstos por la teoría, dependientes de multitud de circunstancias accidentales, é hijos muchas veces de las individuales del paciente.

Division. La Clínica se divide, como la patología, en *general* y *especial*, segun se ocupe de las enfermedades en general, ó de ellas en particular. Por eso se ha establecido la Clínica de patología general para enseñar á conocer prácticamente á los alumnos los síntomas de las enfermedades y á darles valor ó sea elevarlos á

signos, á justipreciar la influencia de las causas en la produccion de las mismas, á formar los diagnósticos ya absolutos, ya comparativos, á establecer debidamente los pronósticos, á emplear los mas acertados planes de curacion y á practicar, por fin, en regla, las autopsias; todo con aplicacion á las enfermedades en general segun queda espresado.

La Clínica *especial* es la que se ocupa de una de las dos grandes ramas de la patología, ya médica, ya quirúrgica. Por eso existen las clínicas especiales de medicina y cirugía. En la misma categoría se hallan las de obstetricia y enfermedades de mujeres y niños, de las de ojos, de las de la piel, vias urinarias, sífilis, etc.

Importancia.

El buen sentido y la lógica natural nos prueban á *priori* la inmensa importancia de la Clínica, importancia que nos confirma á *posteriori* la experiencia de todos los siglos y de todos los dias. Se ha dicho con muchísima razon y se repite á cada paso aquel tan sabido proverbio de «fabricando fit faber,» proverbio que es de general aplicacion á la industria, al comercio, á las artes y á las ciencias teórico-prácticas. El industrial en su fábrica, el artista en su taller, el químico en su laboratorio, el naturalista en sus expediciones científicas y en sus gabinetes, el anatómico en las salas de diseccion, el abogado en el foro, el general en los campos de batalla, el piloto en sus viajes, etc., son otros tantos ejemplos vivos que nos prueban hasta la evidencia la extraordinaria importancia de la práctica en todos los conocimientos humanos y quizás podríamos decir sin temor de equivocarnos, que en ningun arte, ni ciencia, resalta tanto su utilidad cómo en la medicina. La menor fijeza y seguridad en la aplicacion de sus principios, su falta de valor constante en los casos concretos; ya que existiendo cada uno de estos, á su manera, debe á su modo medicarse tambien, y es indudable que el tino y el buen tacto para emprender un plan de curacion acertado son hijos en su mayor parte de una práctica, razonada se entiende, y lo mas dilatada posible. Por esto se ha dicho, y con sobrada razon, que la medicina es un arte muy difícil porque *todo son generalidades en la teoría y todo particularidades en la práctica*. ¿Quién no conoce además la gran verdad y alta importancia de aquel tan vulgar refran: «La experiencia es la madre de la ciencia?»

Por este motivo las clínicas, que son una verdadera confirmación de las verdades teóricas respectivas, gran piedra de toque para rectificar los errores y dudas de la medicina, forman el complemento de la educación médica de los jóvenes que deben lanzarse, á no tardar, al ejercicio de la medicina bajo su propia y exclusiva responsabilidad. ¿Qué sería del alumno, por muy aventajado que fuese en la parte teórica de la medicina, el terrible día en que debiese asistir un enfermo de cierta gravedad, y cuya dolencia llevase el sello de un diagnóstico incierto ó dudoso? ¿Qué sería, repetimos, de ese alumno, si no hubiese asistido con asiduidad á las clínicas, si no hubiese adquirido ya en ellas cierta facilidad y soltura en practicar el interrogatorio y completo exámen del enfermo, sin haber adquirido cierta costumbre y facilidad en formar los diagnósticos, establecer los pronósticos é iniciar y proponer los planes de curación, en una palabra, si no hubiese tenido ya á su cargo algunos enfermos bajo la dirección del profesor? «Tan expuesto estaría al error, decía nuestro venerable catedrático el Dr. Ameller, el puro empírico que se atreviese á entrar en la Clínica sin ninguna noción médica preliminar, cómo el simple dogmático que se atuviese solo á la teoría prescindiendo de las lecciones prácticas.»

Es por demás sabido que entre apelar á una obra original ó á su traducción, óptase siempre por la primera, ya porque se comprenden é interpretan con mas precisión las ideas del autor, ya porque nos esponemos menos á errores. Ahora bien, esta misma diferencia debe establecerse entre la medicina práctica y la teórica: aquella es la obra original, esta su traducción. Por esto debemos decir que en las clínicas tenemos constantemente abierto y estudiamos el gran libro de la naturaleza que disipa las sombras de la duda, que desvanece las ilusiones y que rectifica los errores. Ved ahí porque dijo con mucha oportunidad el antiguo catedrático de Clínica de esta facultad el Dr. Piguillem «que una vasta enfermería no es mas que un laboratorio necesario para hacer las observaciones y experimentos médicos, y una rica galería en que se hallan expuestos los retratos instructivos, que los libros pintan siempre con alguna imperfección.» En efecto, el alumno aprende en las clínicas, mediante la aplicación metódica de los sentidos lo que muchas veces no es susceptible de explicación, ni puede comunicarse por medio de las palabras ni de los

libros. ¿Quién es capaz de trazar, cual lo verifica la naturaleza, el hábito exterior, los horrorosos sufrimientos de que es víctima el desgraciado colérico en el período álgido de su enfermedad? ¿Quién es capaz de dar una idea exacta del terrible malestar, angustia, desasosiego y opresion producidos por esa fatal faja epigástrica que amenazan de continuo la vida del enfermo? Basta que una sola vez asistamos á tan desgarradora escena, para que no se nos olvide ya jamás, y sepamos reconocer en adelante el síndrome del cólera-morbo asiático en su período álgido. No las esplicaciones, si no el órgano de la vista permiten conocer y distinguir los diferentes matices que ofrecen en el color amarillo la ictericia franca y las caquéxias palúdica y cancerosa. ¡Con cuánta razon se ha dicho, y nos complacemos en repetir que «la medicina no se aprende sino entre los médicos y enfermos!»

Carácter especial de la Clínica.

El rasgo mas característico de la Clínica, el que mas lo distingue de otras ciencias y hasta de la misma medicina teórica, lo que, en una palabra, le imprime un carácter especial, son sus bases principales el tiempo y la experiencia. Eso equivale á decir que un buen clínico no se improvisa, lo que no sucede, por lo menos en tan alta escala, en otros ramos del saber humano incluidas las diversas asignaturas de la misma facultad médica, poniéndose mas de relieve dicho carácter si se compara con las ciencias abstractas.

En efecto, un jóven de regulares disposiciones y de feliz memoria, dedicado con asiduidad á la lectura de buenas obras de anatomía, y bajo la direccion de un buen disector, que emprenda y siga con una tenaz constancia los ejercicios de diseccion, por espacio de seis, ocho ó diez años, por ejemplo, puede indudablemente conquistarse un buen lugar entre los anatómicos de nota, posicion que no podrá alcanzar relativamente en igual período de tiempo un jóven clínico entre los prácticos de fundada y bien merecida reputacion. Lo mismo podria decirse del que se dedique con especialidad á los estudios de la farmacología, toxicología, etc.

Hemos dicho poco há, que el carácter especial de la Clínica de que nos estamos ocupando, se pone mas de relieve al compararla con las ciencias abstractas. Y en verdad. ¿Quién duda que un jóven de talento que se dedique con aplicacion constante al estudio de las matemáticas, de la lógica, de la metafísica ó de la

teología, puede adquirir, en un corto período de años, una bien merecida fama de buen matemático, distinguido lógico, mejor metafísico y excelente teólogo, y hasta deje muy atrás á los maestros, quizás ancianos, que le enseñaron?

De lo dicho no pretendemos deducir que deba darse en Clínica un valor absoluto al tiempo, pues es bien sabido que un práctico jóven puede aventajar á otro viejo.

Al ocuparnos de la experiencia daremos mayor desarrollo á esta cuestion.

El reputado práctico de Dublin, Dr. Graves, es tan partidario de esta idea que quizás la lleva á la exageracion cuando habla á sus alumnos en los siguientes términos: «Sean cuales fueren, por otra parte, vuestras ocupaciones, sean cuales fueren los estudios á que os consagreis, no echeis en olvido que una parte de cada dia debe estar reservada á la visita de los hospitales, donde el alumno tiene la ventaja de recoger las lecciones de labios de prácticos experimentados.»

En el supuesto de que los alumnos no dediquen al estudio, sino á frívolos entretenimientos el tiempo que les aconseja el Dr. Graves inviertan en la visita de los hospitales, creemos que les da un consejo muy prudente y apreciable; no opinamos, empero, de la misma manera, si han de robarlo al estudio de otras asignaturas, pues así como la Clínica y la visita hospitalaria dan ricos y abundantes frutos cuando el alumno conoce perfectamente las materias teóricas que bien pronto se convertirán en prácticas, es preciso confesar que esto es estéril, ó poco menos, si no ha estudiado con antelacion las enfermedades que va á conocer palpablemente en la Clínica, pues en semejante caso puede decirse que no desempeña mas que el simple papel de empírico.

Véase sino lo que, en confirmacion de este aserto, decia en 1869 el decano de la facultad de Medicina de París, en un informe dirigido al ministro de Instruccion pública de Francia, bajo el título de *Pedagogia médica en Alemania*, informe que transcribió *El Compilador Médico* de Barcelona, en su núm. 97 y siguientes. Dice así:—«6.^a *Asistencia de los escolares á la Clínica.* — En las facultades alemanas los estudiantes *no* son admitidos á seguir los cursos de Clínica sino bajo condicion de estar suficientemente *preparados* para esta enseñanza. Generalmente *no* pueden inscribirse hasta que han llegado á la mitad de su

carrera escolar. En Austria, donde la carrera médica es de cinco años, quedan obligados á frecuentar las clínicas durante dos años, antes de ser admitidos á los exámenes del doctorado, que en aquel país confiere el derecho al ejercicio. Sabido es que en Prusia los *exámenes son rigurosos* en cuya virtud las facultades confieren el diploma de doctor; van seguidos de un examen de *Estado* que es la solemne y obligatoria prueba del médico práctico. Ningun candidato es admitido á este examen si no justifica: 1.º Haber ganado el diploma de doctor. — 2.º Un certificado de haber seguido un curso de Clínica durante dos semestres. »

Hemos citado estos ejemplos de las universidades de Alemania porque los consideramos los mas autorizados, puesto que se conviene generalmente en que la medicina alemana marcha á la cabeza de la de las otras naciones. Diremos sin embargo, en honor de nuestra patria, que en tiempos no lejanos, se seguia en España el mismo método que en Alemania tocante al estudio de las clínicas.

Es indudable que por bien provista que esté una Clínica de enfermos y de todos los medios materiales de enseñanza, puede que no dé á veces todos los resultados que serian de desear.

Causas en virtud de las que la Clínica no da siempre los resultados apetecibles.

Si en estos casos se examina bien la cuestion, se vendrá á parar en que la falta de resultados depende unas veces del alumno, y otras del profesor.

Las causas que por parte del alumno hacen poco fecunda la Clínica son su falta de aptitud, de atencion ó de método.

Es muy fácil comprender que un jóven de un escaso desarrollo en sus facultades intelectuales, es decir, de cortos alcances, quede rezagado en los estudios clinicos, sobre todo si á eso se reune la falta de aplicacion, y si toma la asistencia á la Clínica como un mero pasatiempo; pues en este caso se reunen varios elementos que se oponen á sus adelantos.

Lo mismo debe decirse si está desprovisto de una de las mas preciosas cualidades del buen observador, cual es la atencion, pues sin ella nos pasan desapercibidos los fenómenos de mayor ó menor importancia ofrecidos por el enfermo, y que constituyen otros tantos elementos para establecer con acierto el diagnóstico, pronóstico y plan de curacion. Esto nos recuerda lo muy bien que caracterizó nuestro inmortal Balmes la importancia de la atencion, cuando al ocuparse de ella en su preciosa obra titulada

El Criterio, se espresa en los siguientes términos: «Con la atención notamos las preciosidades y las recogemos; con la distracción, dejamos tal vez caer al suelo el oro y las perlas como cosa baladí.»

La falta de método ó, lo que es lo mismo, la mala dirección que dan algunos alumnos á sus estudios clínicos, es otra de las causas de que progresen poco en los mismos, punto sobre el cual llama la atención el ya citado Dr. Graves. En efecto, el alumno estudia con mas celo y afición el curso y plan curativo de las enfermedades agudas que los de las crónicas. ¿Y por qué? Por una razón muy fácil de comprender, y á la cual no solamente es el alumno quien paga tributo, si no que tambien se lo pagan el profesor, los interesados del enfermo y aun este mismo. Fúndase esta razón en la marcha rápida de las enfermedades agudas y en el inmediato resultado que en ellas obtenemos á menudo, lo cual está muy léjos de ofrecerse en las enfermedades crónicas. El tratamiento de las primeras nos halaga con frecuencia, el de las segundas nos aburre casi siempre, en aquellas la naturaleza nos tiende las mas de las veces una mano bienhechora, en las segundas con mas rareza, no por falta de conato, si se nos permite la espresion, si no por impotencia. Aun prescindiendo de sus diversos resultados, hay tambien otras diferencias dignas de notarse; por ejemplo, la regularidad que se observa por lo comun en sus períodos de principio, ascenso, estado, declinacion, etc., de las enfermedades agudas, regularidad mas rara en las crónicas. En las primeras por lo tanto podemos pronosticar con mas acierto las peripecias que deben ocurrir, marcando muchas veces las épocas y hasta los dias en que se verificarán, no pudiendo hacer comunmente otro tanto en las crónicas, cuyo porvenir y resultado son mas inciertos. El gran número de causas, ya físicas, ya morales, que con motivo de su larga duracion pueden venir á complicarlas ó agravarlas, ó cuando menos á alterar su marcha, son motivos bastantes para que su horizonte se presente sumamente oscuro y nebuloso, circunstancia que impide leer claro en el porvenir del enfermo; salvas por desgracia las enfermedades crónicas que se reputan incurables en el dia. En su tratamiento debe ejercitarse extraordinariamente la paciencia, no olvidando jamás aquel principio de terapéutica que dice: «a enfermedad crónica tratamiento cró-

nico. ¿Qué papel tan distinto, por fin, desempeña el médico colocado á la cabecera del enfermo cuando combate la pulmonía, curable las mas de las veces, y la tisis que termina casi siempre por la muerte? ¿Qué papel tan brillante en el primer caso! ¿Cuán opuesto es el segundo! Aunque, violentándose, deben lo mismo el alumno que el profesor resignarse en lo posible para combatir debidamente las enfermedades crónicas, pues igual derecho tienen á la vida los enfermos crónicos que los agudos.

Lo dicho, pues, explica, si bien no justifica la preferencia que dan los alumnos á las enfermedades agudas en detrimento de la que conceden á las crónicas.

Otro de los defectos inherentes á esa viciosa direccion de los estudios clínicos consiste en que, dominados algunos por su fantástica imaginacion, y por ideas románticas en medicina, si se nos permite el símil, van en pos, como los románticos en literatura, de lo mas raro, extraordinario é inverosímil, desdeñando como vulgar lo mas comun y por tanto útil. Los primeros parece que tratan tan solo de satisfacer su curiosidad; los segundos de adquirir los conocimientos mas útiles é interesantes en la práctica: aquellos podrán indudablemente llamar la atencion del público médico con la publicacion de algun caso raro y extraordinario; pero éstos la fijarán, y con razon, la de los médicos y del público por su buen criterio y acierto en la cabecera del enfermo. Es preferible un médico que conozca y trate bien la pulmonía y demás enfermedades comunes en la práctica, que otro que no reuna estas condiciones y sepa diagnosticar una enfermedad rara y de poco interés práctico, la enfermedad de Addison por ejemplo.

El alumno clínico es fácil que no saque el debido provecho de sus estudios si en vez de observar diariamente un corto número de enfermos con toda la atencion y cuidado debidos para conocer y analizar bien todos los fenómenos que ofrecen, se dedica á ver un número considerable, pues esta multiplicidad le impide fijarse en ellas y observarlos bien. Es por demás sabida la diferencia que, médicamente hablando, existe entre ver y observar á un enfermo, puesto que lo primero se refiere únicamente á una observacion superficial, y lo segundo á otra mas atenta, reflexiva y profunda, cual siempre debe ser.

Casi es inútil decir que otro de los obstáculos para adelantar

en los estudios clínicos son la desidia é incuria de algunos alumnos en virtud de las cuales no observan diariamente la marcha de las enfermedades desde el principio hasta el fin, lo cual impide apreciar debidamente las evoluciones que estas presentan, ya debidas á su curso natural, ya á los medios de curacion empleados, así como tambien les priva de apreciar muchas de las crisis y fenómenos críticos que pone en juego la fuerza medica-triz. Esta falta sube de punto si, muerto el enfermo, no presencian los alumnos la autopsia, complemento de la observacion clínica. Ella nos aclara las dudas, rectifica los errores que padecemos, tal vez, durante la vida del enfermo, y levanta, por fin, no pocas veces, el velo que cubria un diagnóstico incierto. Oportuno es advertir la mayor necesidad que el alumno de clínica médica tiene de visitar dos ó mas veces el dia los enfermos, por regla general, que el de las otras clínicas, sobre todo cuando se trata de dolencias agudas.

Digimos antes que los estudios clínicos no aprovechan por causa del profesor, dependiendo en este caso de su particular método de enseñanza y de sus explicaciones. Realmente no se instruye lo necesario el alumno en la clínica cuando el profesor es únicamente quien se ocupa de los enfermos, desempeñando por tanto aquel el simple papel de espectador y de oyente, pues este método de enseñanza fija poco su atencion y los conocimientos que adquiere se borran casi con la misma facilidad que se aprendieron. Fácilmente se comprenderá que al decir eso, aludimos tan solo al alumno que se inicia en los secretos de la clínica, pero no al profesor que con objeto de ampliar y perfeccionar la esfera de sus conocimientos, frecuenta las de los hombres eminentes en las diversas especialidades de la medicina.

Para evitar tal óbice, es preciso que el profesor, haciéndose cargo de la gran diferencia que media para el alumno entre escuchar una historia clínica y referirla, que les haga tomar á los alumnos una parte activa en el tratamiento de sus enfermos, mandándoles hacer el interrogatorio y restante exámen de éstos á la cabecera de la cama y reseñar en seguida en clase la historia de los mismos, estableciendo por su cuenta los correspondientes diagnóstico, pronóstico y plan curativo. Concluida semejante tarea por uno de los alumnos que desempeña las veces de médico de cabecera, deben otros ocuparse del enfermo

en clase de consultores, emitiendo, por fin, el profesor sus opiniones al reasumir la cuestion. El interés científico y práctico de este método de enseñanza clínica suben de punto, como es muy natural, cuando se ventilan cuestiones árduas de diagnóstico. Es muy fácil comprender las inmensas ventajas que de semejante método de enseñanza reporta el alumno, pues corriendo á su cargo la historia clínica y el plan de curacion ante sus compañeros en clase, y habiendo otros que cual consultores deban ocuparse del enfermo, al igual del profesor, se prepara y estudia, guiado por el noble estímulo de emulacion, y se dedica con asiduidad al trabajo. Eso es por lo menos lo que hemos tenido ocasion de observar constantemente en los muchos años que desempeñamos la cátedra de Clínica médica. Por desgracia la libertad de enseñanza que rige hoy y que concede al alumno la mas amplia facultad de asistir ó dejar de asistir á clase, lo que no deja de ser un solemne contrasentido tratándose de una asignatura que no existe ni se concibe siquiera, si no se tienen los enfermos á la vista; desgraciadamente, repetimos, la libertad de enseñanza no solamente no secunda las miras y resultados de este método, si no que los desvirtua por completo por no decir que se opone á ellos, pues hoy dia no tiene derecho el profesor de encargar los enfermos á sus alumnos, si estos no se prestan á ello voluntariamente.

LECCION II.

Reseña histórica de los institutos clínicos.

Si bien el origen de la medicina se remonta al primer hombre, puesto que desde el momento de su existencia estuvo expuesto á las causas morbosas y por consiguiente se buscaron y encontraron medios para combatirlas, no sucede otro tanto con la clínica, pues si echamos una rápida ojeada sobre la historia de la medicina, podremos dividirla en tres épocas bajo este punto de vista, ó sea por lo que toca á las instituciones relativas á la enseñanza clínica. Abraza la primera aquel transcurso de tiempo en que ni hubo clínicas, ni siquiera rudimentos de ellas: la segunda en que si bien no existian clínicas formales como en el dia, las habia ya en boceto, si se nos permite la espresion, y tercera, ó sea la actual, en que existen ya clínicas numerosas y concurridas.

Nos ocuparemos sucesivamente, aunque sea á la ligera, de las tres épocas referidas.

Primera época. — Comprende la larga série de siglos transcurridos desde el origen del mundo hasta la época de los Asclepiades, y especialmente la de Hipócrates, 460 años antes de Jesucristo.

En aquellos remotos tiempos se creia que las divinidades mitológicas tomaban una parte activa y una intervencion directa en la curacion de las enfermedades, y en su consecuencia los

sacerdotes eran quienes ejercian la medicina, erigiéndose ellos en agentes intermediarios entre las referidas divinidades y los desgraciados enfermos. De ahí es que fuese entonces el arte de curar su patrimonio, quienes, á la manera que el padre transmite á sus hijos los bienes de fortuna, se vinculaban el misterioso secreto de las curaciones mediante ciertas prácticas y fórmulas que ofrecen un conjunto místico, extravagante y ridículo, respetado y sancionado por la ignorancia propia de aquellos remotos tiempos. ¿Y qué tiene de particular que esto sucediese entonces, cuando aun en épocas de mayor ilustracion se ha manifestado un ridículo empeño en inmiscuir á la Divinidad en la produccion de las enfermedades y sobre todo de las grandes epidemias? Oigamos en prueba de eso las tan elegantes como veraces frases que en su obra titulada *Pensamientos sobre la razon de las leyes derivadas de las ciencias físicas, ó sea, sobre la filosofía de la legislacion*, stampa D. Ramon Lopez Mateos, honra de la medicina española. «El entusiasmo por la vida y por la felicidad, dice al ocuparse de los errores á que induce la tradicion, ha hecho desatinar á los hombres de un modo increíble. La sospecha menos fundada de perderlas ha puesto siempre en movimiento al terror, y éste, perturbando la razon con ideas funestas, ha buscado recursos extravagantes para salvar el peligro, declarándose enemigo del desengaño. Naciones ilustradas, para aplacar la indignacion de los génius malévolos, dieron incienso á la calentura, á la necesidad y á la pobreza; y el pueblo idólatra veneraba en estas deidades un poder soberano, que era necesario tener propicio. El terror dictaba el culto, y el fanatismo lo tributaba sin repugnancia.»

«Posteriormente abriéndose paso el tiempo y la reflexion, se ha convencido el hombre de que los males son un resultado de su misma constitucion; que establece en lo moral cierta alternativa, como es en lo físico el frio y el calor, la humedad y la sequedad, la luz y las tinieblas, el sueño y la vigilia, la vida y la muerte: y que presenta á nuestra curiosidad ambiciosa en este equilibrio una armonía tan sensible en el todo, como incapaces de saberse sus combinaciones.»

Bien es verdad, segun refiere el historiador Estrabon, que los Asisios y los Babilonios iniciaron la costumbre de exponer en público los enfermos, es decir, en las calles, plazas y puntos mas

concurridos de las poblaciones, con el laudable objeto de que todos los transeuntes se detuvieran á examinarlos, y consignasen en seguida lo que á su juicio podia serles útil, por lo observado en casos semejantes, considerándose un crimen su falta de cumplimiento. Esto empero, sirvió tan solo para aumentar el arsenal de los medios terapéuticos, pero sin tener relacion alguna con la clínica.

Segunda época.—Debe contarse desde Hipócrates hasta mediados del siglo xvi de la era cristiana, ó sea hasta 1543, año en que tuvo lugar la instalacion de la primera clínica.

En tal época si no hubo verdaderos institutos clínicos, segun queda ya manifestado, hubo por lo menos clínica á su modo, pues las casas particulares de los enfermos y los profesores que los visitaban, representaban relativamente, y en pequeña escala, los establecimientos clínicos del dia y sus profesores.

En efecto, el padre de la medicina, ó sea el venerable Hipócrates, enseñaba ya á sus alumnos la medicina práctica, inspirándoles aquel raro don é inapreciable talento que constituyen un observador profundo, juicioso y veraz, ved ahí porque; siendo esta la índole especial de la medicina hipocrática, se la conoce tambien con el nombre de *medicina de observacion*. Los médicos de la escuela de Gnidia seguian el mismo método; así como tambien los griegos, únicos que ejercian la medicina en Roma. Esta costumbre se vino observando hasta que se fundaron los establecimientos clínicos, segun lo confirma el satírico Marcial, con referencia á dicha ciudad. En uno de sus epigramas, en el cual supone, quizás con exageracion, que cien alumnos acompañaban en su visita al profesor Simmaque, lo echó en cara á ciertos médicos de su tiempo y habla en estos términos:

»Languebam: sed tu comitatus protinus ad me
Venisti centum, Symmaque, discipulis.
Centum me tetigere manus aquilone gelatæ
Non habui febrem, Symmaque; nunc habeo.»

«Desfallecia: pero tú Simmaque me visitaste inmediatamente acompañado de cien discípulos. Tocáronme cien manos heladas por el aquilon, no tuve calentura, Simmaque, ahora la tengo.»

A principios del siglo vi segun unos, y á últimos segun otros, aparecieron los hospitales gracias al cristianismo, fundados por Constantino, por inspiracion de su médico Oribasio. Si

bien tenían como objeto principal, y hasta podríamos decir exclusivo realizar un acto de beneficencia, por estar consagrados al alivio de los enfermos, no dejaron por eso de desempeñar su papel en los progresos del arte é instrucciones de los discípulos, pues segun refiere Bouillaud en su «Ensayo sobre filosofía médica,» hubo gran número de médicos árabes que practicaron y enseñaron la medicina en los grandes hospitales fundados por los mahometanos de Asia y de España en donde adquirieron particularmente los conocimientos que nos han trasmitido sobre algunas enfermedades, y en especial sobre las flegmasias eruptivas y contagiosas como las viruelas y el sarampion. De ahí que las escuelas de los árabes de España estuviesen siempre contiguas á algun hospital. Las de Córdoba y Toledo disfrutaron de gran nombradía en el siglo XII y en los posteriores, razon por la cual habia en ellas una gran afluencia de alumnos ávidos de adquirir una sólida instruccion, que no se encontraba en las demás naciones. A tal punto llegó la fama de las referidas escuelas, que, segun la tradicion, se llegó á creer que era sobrenatural la doctrina que en las mismas se enseñaba, y que en las inmediaciones de Toledo habia una cueva donde el demonio enseñaba el arte, con el pacto de que se le habian de entregar todos los discípulos perezosos y poco aplicados. Así lo refiere el antes citado Dr. Piguillem.

«Pero prefiriendo luego los médicos, dice este profesor en su discurso inaugural de 1817, el brillar con argumentos y cavilaciones filosóficas, á ser mudos y fieles observadores de la naturaleza, se ocuparon únicamente en comentar Aristóteles y Galeno, dominando estos dos principes de la filosofía y de la medicina despóticamente en las escuelas por espacio de catorce siglos. En tal estado de barbárie, y de total desprecio de la medicina de observacion, parece que debia haberse estinguido enteramente la ciencia, y que sus profesores habian de ser confundidos con lo mas atrasado y mas inculto. Sin embargo, nunca han faltado médicos observadores, que defendiendo los sagrados derechos de la naturaleza se dedicaron del todo á la observacion de sus fenómenos portentosos, adquiriendo por este camino la fama y esplendor que tanto los han distinguido. De aquí es que esos beneméritos profesores, al paso que ilustraban la ciencia, eran preferidos en todos los países. Los sumos pontífices Paulo III, y Julio

del mismo nombre, Francisco I rey de Francia, y otros soberanos enviaban embajadores á los monarcas españoles, para que les escogiesen médicos, á quienes confiaran su salud y vida. Convencidos aquellos famosos profesores de la futilidad de sus primeros estudios, tuvieron valor para confesar su insuficiencia, y se borraron con la segunda educacion los vicios de la primera, y no cesaron de clamar contra la barbárie de las escuelas, haciendo ver la necesidad que habia de restablecer la medicina de observacion eclipsada con los sofismas y sutilezas especulativas.»

Hemos citado este largo párrafo, por ser de un acreditado profesor de nuestra escuela, por referirse á las glorias de la medicina española, y finalmente por la mayor autorizacion de su origen.

Época tercera.—La mas notable é interesante de las tres en que hemos dividido la historia de los institutos clínicos, está caracterizada por la aparicion de dichos establecimientos, y comprende desde mediados del siglo xvi (1543) hasta nuestros dias.

Hay alguna discordancia entre los escritores médicos acerca del año en que se fundó el primer establecimiento clínico, pues al par que unos le fijan en 1543, otros lo verifican en 1578, y otros, por fin, señalan el de 1658, atribuyéndose la fundacion de los mismos á los italianos en el primero y segundo caso y á los holandeses en el tercero. No debe estrañarnos mucho tal divergencia de pareceres, pues quizás dependa, en gran parte, de las exigencias y severidad relativas, de los referidos escritores, pues lo que unos juzgaron un establecimiento clínico, dignó de llevar tal nombre, otros creerian lo contrario.

Nosotros fijaremos la ereccion del primer establecimiento clínico en 1543 fundándonos en lo que dice Gintrac en su «Tratado teórico y clínico de patología interna y de terapéutica médica,» y es lo siguiente. Segun una memoria de Comparetti (*Saggio Scuola clinica, etc.*—V. *Journal des Progrés, t. II., p. 207*), dice, la escuela de Padua estableció una Clínica el año 1543, en la cual J. E. Montí enseñaba á observar á los alumnos. En 1578 Alberto Botton y Marc Oldi iban con sus discípulos al hospital de S. Francisco para darles lecciones prácticas. (Conradi, *ad panegyrium inter solemniam sæculariam Acad. Georg. Augusto. Gætting. 1837.*)»

«La primera escuela clínica de alguna importancia se estableció en Leyde. En 1043, Alberto Kiper vertía y daba preceptos de alguna importancia sobre esta enseñanza. (*Medicinam discendi et exercendi methodus. Lugd. Bat. 1643.*) Straten dirigía al mismo tiempo en Utrecht una clínica floreciente, cuyo recuerdo se conserva por tradición. Silvio Deleboe, nombrado profesor de medicina práctica en Leyde, 1658, se entregó con tanto celo y aprovechamiento á la enseñanza clínica, que se ha supuesto su fundador. Llevaba á sus discípulos á la cabecera de los enfermos, les preguntaba y curaba en su presencia. Hacía practicar delante de él las autopsias y preconizaba la escelencia de la observacion, aunque imbuido en las hipótesis químicas de su época. Boerhaave continuó esta enseñanza; pero sus discípulos trasladáronla á Edimburgo (1).

Sea de ello lo que fuere, el caso es que la fundacion de los establecimientos clínicos obedeció á las mismas leyes á que obedecen todas las reformas. En efecto, la circunstancia de que en varios hospitales, se instruyera á los alumnos en la parte práctica de la medicina desde muchos años, hacia augturar que algun dia se fundaran establecimientos *ad hoc*, es decir verdaderas clínicas en que pudiesen los discípulos convertir en prácticos los conocimientos teóricos que recogieron de los lábios de sus maestros.

En 1720 se erigió la escuela clínica de Edimburgo, tan conocida por los nombres de Home, Duncan, Gregory y Cúllen.

En 1753 se fundó en Viena un hospital clínico memorable bajo dos puntos de vista, ya bajo el de sus fundadores, ya bajo el de sus resultados.

Y en verdad el célebre práctico, baron de Wansvieten, amante de la ciencia en alto grado, y entusiasta por la instruccion de la juventud que se dedicaba al estudio de la medicina, aprovechó el gran ascendiente que tenia sobre la emperatriz María Teresa de Austria para establecer una cátedra de clínica en el hospital de la Trinidad de Viena, la que dió ya desde el principio resultados muy satisfactorios, pudiendo decirse que en ella resultó la buena medicina de observacion, gracias á los esfuerzos del referido Wansvieten y á la cooperacion que le dispensó su augusta

(1) Juan Gregory, discípulo de la escuela de Leyde, murió siendo profesor en Edimburgo.—(*Nota del A.*)

prote ctora. Fueron otras tantas lumbreras de la escuela clínica de Viena los célebres profesores que se sucedieron en dicha cátedra, De-Haen, Storch, Collin, Quarin, Huffeland é Hildenbrand y mas particularmente el famoso Stoll, uno de los mas notables médicos hipocráticos del siglo XVIII, quien adquirió gran celebridad, no solo como tal práctico, sino tambien por su obra titulada *Ratio medendi*, y que fué arrebatado á la ciencia á la temprana edad de 44 años.

Andando el tiempo, y segun era muy natural, se fueron organizando nuevos establecimientos clínicos en los varios paises del norte de Europa, asi como en los del mediodia, y muy especialmente en Italia, la cual poseia enseñanzas clínicas en Padua, Roma, Pavía, Génova, Florencia, Milan, Nápoles, Turin, Bolo-
nia y Parma. Dichas escuelas, así como otras dieron hombres famosos á la ciencia, por ejemplo la de Gotinga en que se hicieron célebres Brendel, Vógel y Baldinger. Pavía dió Borsieri, Tissot, los dos Franch y Brera. El profesor Delio en Erlangi, Odier en Ginebra, Olivari en Génova, Fietz en Berlin, Rubini, Moscati, Rassori y Tomasini en Parma, Milan y Bolonia, Pallon, en Florencia, Pereival, Simmons, Saunders en Lóndres, todos médicos de gran nota y honra de sus respectivas escuelas y paises.

La vecina Francia que estaba destinada á aventajar en la enseñanza clínica á las naciones mas adelantadas, como en realidad ha sucedido, presentó el raro fenómeno de hallarse rezagada en los estudios clínicos de las naciones que dejo mencionadas, habiendo por fin despertado de su letargo á fines del siglo pasado, ó sea en 1794, época de la memorable revolucion que destruyó y creó á un tiempo. Léjos estamos de negar á dicha revolucion el establecimiento de las clínicas en Francia, pues indudablemente las revoluciones que tantos y tantos daños causan, producen á la vez inmensas mejoras que quizá nunca se verifican en tiempos normales. Sin embargo, apoyados en lo que dice Mr. Bouilland en su «Filosofía médica», creemos que solo debe concederse á la revolucion francesa el planteamiento de la Clínica, pero no la idea, concebida algunos años antes, y hasta puesta en práctica por algunos profesores particulares. «Debemos confesar, sin embargo, dice el referido profesor, que ya en 1790 habia manifestado la sociedad real de medicina sus sabias

intenciones acerca de este importante asunto, y que antes de la regeneracion de las escuelas se habian dado cursos de clínica por Desbais, Rochefort y su sucesor el inmortal Corvisart.» Pregonan la bien merecida fama de los clínicos de la escuela de Paris los nombres de Corvisart, Pinel, Desbais, Dessault, Dupuytren, Andral, Chomel, Velpeau, Civiale, Laennec, Trousseau y otros muchos, y de las de Montpellier, Fouquet, Baumes, Barthez, Dumas y otros.

Nuestra España siguió inmediatamente el ejemplo dado por la Francia, de modo que en el inmediato año de 1795 el ilustre Sr. D. Mariano Martínez de Galinsoga, médico de cámara de sus magestades, entusiasta por el honor de su pátria y de su profesion, fundó la clínica médica en Madrid, monumento que le honra tanto como el puesto oficial que ocupaba y las distinciones con que fué condecorado.

Si acertado y oportuno estuvo en el planteamiento del estudio clínico, no lo fué menos en la designacion de sus profesores habiendo sido estos Iberti y el tan renombrado Severo Lopez, poco despues sustituido por Neyra.

Con el objeto de evitar las estorsiones y gastos que á los alumnos ocasionaba el tener que ir á la córte para estudiar la clínica, y facilitar por lo tanto la instruccion de los mismos, estableció el rey D. Carlos IV una escuela de clínica médica en Valencia y otra en esta ciudad de Barcelona. El reputado práctico doctor D. Félix Miquel fué el primer catedrático de dicha asignatura en aquella ciudad; y los dos primeros de la de esta fueron los célebres profesores D. Francisco Salvá y D. Vicente Mitjavila. Fallecido éste pocos años despues fué reemplazado por el no menos conocido D. Carlos Nogués. Ambas escuelas hermanas dieron los ópimos frutos que de ellas era de esperar.

Creados los colegios de medicina y cirugía en 1827, quedaron involucradas las clínicas en dichos establecimientos, siguiendo despues en las facultades de ciencias médicas, y últimamente ó sea en nuestros dias (año 1845), en las facultades de medicina de varias universidades del reino.

Si bien los primeros establecimientos de clínica en España estaban únicamente destinados á la médica, sirviéndoles á los alumnos para su instruccion en la parte quirúrgica las salas generales de cirugía de los hospitales; despues se instalaron ya

verdaderas cátedras de clínica quirúrgica con enfermos y demás servicio, destinados esclusivamente á las mismas, sucediendo otro tanto mas tarde con la clínica de obstetricia y de enfermedades de mugeres y niños, habiéndose tambien creado y suprimido sucesivamente otra con el nombre de «Clínica de operaciones,» persistiendo empero, la de Patalogía general desde 1843. En la universidad de Madrid se plantearon clínicas especiales para las enfermedades de la vista, de la piel y sifilíticas, que tambien fueron sucesivamente desapareciendo.

Los nombres de Iberto, Severo Lopez, Neyra, Torres (D. Hilario), Hernandez Morejon y Gutierrez, elevaron á una gran altura la clínica médica de Madrid; así como en la de Barcelona Salvá, Mitjavila, Nogués, Piguillem, Ameller, Janer, Storch y Juanich, no menos que en Valencia Miquel, Batlles y Casany, y por último la de Santiago Varela Montes.